

Lagerkvist Par Fabien

El enano

Mario Javier Pacheco

Presentación

Par Fabien Lagerkvist, Nobel de Literatura del año 1951, nació en Vaxjo el 23 de marzo de 1891 y murió en Estocolmo el 11 de julio de 1974. En su obra hay mucho de pesimismo social y de interiorizaciones y características psicóticas, similares a personajes y situaciones de la obra de sus contemporáneos Joice, Sartre, Nietzsche y Beckett, tal como se manifiesta en *Barrabás*, escrita en 1950, y llevada al cine en 1962, con Anthony Quinn como protagonista, y en *Verdugo* escrita en 1933 y en la novela que nos ocupa, *El enano*, escrita en 1944.

Los episodios transcurren en el castillo feudal del príncipe León y algunos pocos pasajes en el pueblo de vasallos que lo rodea y en el campo de batalla contra el príncipe vecino Ludovico Montanza. Es la época en que Italia comienza a desprenderse del atavismo clerical del Medioevo para recibir al Renacimiento.

La novela es narrada en primera persona, a manera de apuntes de diario personal, por el enano Piccolino, quien va describiendo episodios, relaciones y odios, jamás afectos, si acaso admiraciones circunstanciales y pasajeras.

El enano es vasallo del príncipe León y solo cree en el poder y la muerte. Se describe así mismo como descendiente de una raza de enanos muy antigua, pero desprecia a los enanos, tanto como a las personas altas. Mide 65 centímetros de estatura, cabello rojizo, cabeza grande y cara surcada de arrugas, jamás ríe. “La risa es algo que afea y desfigura” pág. 75

Se ufana de su lengua mordaz, de su gran fuerza y de conocer las debilidades de los hombres y de carecer de sentimientos diferentes al odio. Únicamente admira a

su amo, el Príncipe León, no lo comprende, pero entiende que es un ser superior, un gran estratega militar y político, un hombre poderoso, pero por los demás solo siente desprecio,

Degolló al gato de la princesa Angélica, en la propia cama de la niña, mató a su compañero el enano Josafat, asesinó al enano bufón inerme, del castillo abandonado cuando perseguían a Ludovico Montanza, y es el encargado de envenenar a Montanza y sus hombres durante el banquete de la paz, pero por cuenta propia, envenena a don Ricardo, el cínico y fatuo amante de la infiel esposa del príncipe León. Flagela a la princesa Teodora y finalmente es causante de las muertes de la esposa del príncipe, de Angélica y de Giovanni y termina encadenado, por orden del príncipe en la mazmorra de un subterráneo del castillo.

Elementos del final de la edad media

La extrema religiosidad de la edad media influyó en todas las corrientes artísticas, tales como la pintura, la escultura y en especial la arquitectura con sus imponentes catedrales góticas en cuyos arcos y silencios solemnes es posible percibir a Dios. De esa época tomó Lagerkvist varios elementos para construir su novela, entre ellos la ausencia del Estado, porque el Estado eran los señores feudales. El Príncipe León, como como el Príncipe Ludovico Montanza, ambos amos y dueños de tierras y de gentes, sus castillos son fortalezas militares rodeadas de las ciudades de vasallos que se levantan alrededor, para servirles.

El feudo es la unidad de producción, basada en agricultura y ganadería de subsistencia, y a pesar de lo escasa, los mejores frutos y ganados deben ser reservados para pagar a su señor, sus impuestos son altos y la miseria de los pobladores de las ciudades, contrasta con la opulencia de la vida cortesana del castillo.

A Piccolino no se le da paga, como no se pagaba en el feudo, la servidumbre es la unidad de trabajo en la novela, y el enano no la concibe de otra manera. Se sorprende de los mercenarios, como el Condotiero Boccarossa, que exigen pagas

y que según su monto, cambian de señor. Para ellos el concepto de la traición no existe, tan solo el de vender su fuerza para la batalla al menor postor. En la novela el príncipe no logra un préstamo de los mercaderes de Venecia para pagar a los mercenarios, y estos se unen al que ayer combatían, dando a la historia de la guerra, un giro de 180 grados.

Otra característica del medioevo en la novela es la jerarquización en las relaciones. La indudable supremacía del príncipe y el trato que todos le dan. Su autoridad es indiscutible y decide sobre la vida o la muerte, sobre la pobreza o la riqueza. Vemos como ordena la ejecución de Lorenzo, por ser delincuente, cómo ordena a Piccolino envenenar a sus rivales durante el banquete de la paz, y aunque se sorprende porque el enano, por su propia cuenta decide envenenar también a don Ricardo, el amante de su esposa, permite que lo envenene. Las consecuencias de estos actos, la peste, la muerte de su esposa y su hija hacen que el príncipe tome temor de su enano y ordena que se le encadene de por vida en una mazmorra, dentro del subterráneo del castillo.

Otra característica feudal que Lagerkvist pone de manifiesto en su obra, es la constante pelea entre los señores feudales por el dominio de tierras y el apoderamiento de sus castillos. El sometimiento y el pillaje de poblaciones y castillos vecinos incrementaban las riquezas y el poder de los vencedores.

Una última característica que encontramos en *El enano* es la religiosidad que subsiste, ya un poco diluida del medioevo y que se refleja en las actitudes de la princesa, su flagelarse sus oraciones, sus arrepentimientos, el fervor del pueblo ante el cuadro pintado por maese Bernardo con su imagen, representando a la madre de Dios, manifestaciones espirituales, algunas místicas, que Piccolino se encarga de bajar con su desprecio.

Elementos del renacimiento

Atrás va quedando el teocentrismo para dar vía al antropocentrismo, al hombre universal, poseedor de múltiples sabidurías y disciplinas, encarnado en la figura de

Leonardo Davinci, que Lagerkvist ficciona en maese Bernardo, artista, sabedor de armas y de filosofías, que durante la época medieval eran considerados oficios menores, manuales o mecánicos, del mismo nivel que los artesanos. De ahí la sorpresa y repugnancia inicial de Piccolino al apreciar la deferencia de su señor hacía Bernardo y la atención que presta a poetas y lectores de estrellas.

En el renacimiento los artistas lograron un lugar privilegiado en la sociedad y esta realidad aturde a Piccolino que conserva algunos rasgos del concepto medieval, y entonces lo explica a su manera:

“Esos simples artesanos son necesarios a un príncipe; lo único que no sé es qué vienen a hacer aquí. Ellos ayudan a vivir a los hombres dándoles una iglesia, cámara de tortura magníficamente adornada a la que van de vez en cuando para encontrar la paz. Y allí está su Dios, siempre clavado sobre su cruz” Pág. 7

El individualismo y el reconocimiento del ser individual es otro ingrediente del renacimiento que observamos en la obra. El hombre es el centro del universo, todo se hace y gira para él, y el Príncipe y Bernardo son ejemplo del nuevo orden, desde la óptica del mecenas y desde la óptica del artista.

El arte se convierte en una moda que avasalla y es de gusto mostrarse como intelectual y protector de filósofos, pintores, literatos, escultores. El snob; la farsa que trama. Nada puede ser tan efectivo en divulgar la generosidad de un mecenas que la obra maravillosa de un artista. Se admira la obra, se admira el artista y se admira el mecenas. Estas estrategias cortesanas son inentendibles para el enano, pero finalmente las justifica:

Hay una explicación muy simple del interés que inspiran al príncipe esos sabios, artistas, filósofos y astrólogos. Desea para su corte un gran renombre y para sí mismo toda la celebridad y la gloria posibles. Ambiciona

una fama que todos pueden apreciar y que, según veo, todos los hombres se esfuerzan por lograr. Pág. 9

“Es incomprensible que él consienta en albergar aquí a tantos intrusos. Y más increíble todavía que pueda sentarse a escuchar sus estúpidas charlas. Acepto que pueda escuchar un momento a los poetas que recitan sus versos y a los que puede considerarse como bufones, tales como los que siempre han existido en las cortes. Ellos celebran la nobleza y la pureza del alma humana, cantan los grandes acontecimientos y las proezas de los héroes, y de esto nada hay que decir, especialmente si alaban al príncipe en sus poemas. El hombre necesita ser adulado, de lo contrario no llega a ser lo que debe ser, ni siquiera ante sus propios ojos. Y hay, tanto en el presente como en el pasado, muchas cosas nobles y hermosas que nunca habrían sido nobles y hermosas si no las hubieran cantado. Pág. 6

Los pintores famosos son los únicos que pueden ordenar a un rey y a un cardenal, que no se muevan, todos quieren ser inmortalizados y se someten. El artista que mejor pueda plasmar la realidad a un cuadro es el más apetecido, el arte es naturalista teniendo como modelo al hombre, realista.

Es buscando la perfección, que maese Bernardo se ensimisma en el rostro de Teodora y en el de Angélica, quiere atrapar en una mueca su espíritu y trasladarlo al cuadro. Escudriña las facciones apergaminadas en las cabezas de condenados, que se exhiben para escarmiento, y solicita el cuerpo de Francesco, recién ahorcado, para diseccionarlo y maravillarse con su interior.

Durante el renacimiento, las iglesias se llenaron de obras de arte ejecutadas por famosos artistas y pagadas por mecenas, por eso no parece extraño que el príncipe hiciera pintar a su lasciva e infiel mujer en el papel de madre de Dios y colocar el cuadro en la catedral, que finalmente fue el más requerido por los feligreses para pedirle y mantener sus veladoras encendidas. En Bernardo

predomina el dibujo antes que el color, se esmera en ello, como lo hizo Leonardo y lo hicieron los grandes artistas del renacimiento.

Una característica más del renacimiento en la novela es la importancia que tienen las formas griegas y las evocaciones a su cultura, como en los adornos al banquete para Ludovico

“Y finalmente se arrojaron sobre los artísticos postres que representaban bellos grupos de divinidades griegas, que encontraron particularmente hermosos, y de los que apenas dejaron escasos restos, al extremo que las mesas manchadas tenían el aspecto de haber sido saqueadas por los bárbaros.” Pág. 97

El enano (el personaje) y maese Bernardo son las dos caras de una misma moneda renacentista o simplemente son dos antagonistas de la novela?

Maese Bernardo es indudablemente un hombre del renacimiento, universal, que estudia diversos temas, los analiza, los discute, está atento a la naturaleza para analizarla y copiarla, a los hombres y todo lo que le rodea se convierte en motivo de inspiración. Inventa, mira hacia el futuro, incluso clasifica algunos de sus instrumentos de guerra como aparatos fuera de su tiempo, y que son para la posteridad.

Y cuando, hace unos días, Francesco fue colgado en la plaza pública, él se encontraba entre los espectadores, en la primera fila de los niños. Por la noche contempla las estrellas. Su curiosidad lo abarca todo. Pág. 23

El enano Piccolino con su inteligencia instintiva, es un hombre más medieval, pero que asume actitudes renacentistas, su irreligiosidad por ejemplo, sus burlas a Dios y sus blasfemias en relación con el crucificado, le hubieran causado la tortura y la muerte, pero el ser bufón, aunque no se considere así mismo como tal, le permiten ciertas licencias.

Es un hombre que asiste a la apertura del renacimiento y la explica a su manera. Acepta el poder total de su amo para echarlo a la mazmorra oscura del subterráneo del castillo, encadenado para siempre.

Entre los rasgos medievales que Piccolino manifiesta está el no entender a los mercenarios que cobran por su trabajo. Es la era del capitalismo mercantil, y una paga, que para él es mezquina, hace cambiar la dirección de la guerra. Eso no lo comprende. El vasallaje sin remuneración es la forma de trabajo que entiende.

Estos dos personajes son indudablemente dos caras de una misma moneda renacentista.

La creación artística, según la novela

En la novela, la armonía tiene todo que ver con la concepción de la creación artística, tal como lo leemos en la página 25, que además trae a colación los modernos conceptos del renacimiento sobre la naturaleza y el universo:

“Su conversación los embelesaba. Hablaron de la naturaleza y su infinita grandeza; ¡Una completa armonía, una sola maravilla! Las venas hacen circular la sangre por el cuerpo como las vertientes reparten el agua por la tierra; los pulmones respiran como respiran los océanos con su flujo y su reflujo; el esqueleto sostiene el cuerpo como las rocas sostienen a la tierra, que es su carne. El fuego que arde en el interior de la tierra es como el calor del alma que, como ella, proviene del sol, el sagrado sol cuyo culto celebrábase antaño, el sol del que emanan todas las almas, fuente de toda vida y de la luz que ilumina a todos los astros del universo. Porque nuestro mundo es sólo una de las innumerables estrellas que pueblan los universos.” Pág 25

Para Piccolino, todas estas lucubraciones son despreciables, tontas.

“¿Cómo puede uno tomar en serio semejante fantasía? ¿Cómo puede uno aceptar esa divina armonía del todo, como suele decir refiriéndose al universo? ¿Cómo puede uno emplear esas grandes y bellas palabras sin sentido? ¡Las maravillas de la naturaleza! Me acordé de las entrañas de Francesco y me dieron náuseas.

¡Penetrar hasta el seno de la naturaleza! ¿Qué placer puede haber en ello? Si eso fuera verdaderamente posible, semejante espectáculo los llenaría de espanto. Los hombres se imaginan que la naturaleza se ha hecho para ellos, para su bienestar, para su dicha, para que su vida sea grande y hermosa. ¿Qué saben? ¿Cómo saben que la naturaleza ha de preocuparse por ellos o por sus pueriles y caprichosos deseos? Pretenden leer en el libro de la naturaleza, creen que lo tienen completamente abierto delante de sí y que van a interpretar lo que dice, ahí mismo donde no hay nada escrito, donde no hay más que páginas en blanco. ¡Locos fatuos! No hay fronteras para su desvergonzada suficiencia” Pág. 26

Maese Bernardo se obsesionaba con los rostros extraños y los dibujaba, tal vez como fueran dibujadas y esculpidas las Gárgolas que vigilan las calles de París desde las alturas de Notre Dame

Así lo describe Piccolino, luego que fuera obligado a desvestirse para posar ante el pintor:

“Mientras me vestía no pude dejar de ver algunos dibujos, diseminados por todas partes, que representaban los seres más extraños; monstruos que nadie ha visto y que tampoco pueden existir. Eran algo entre hombre y bestia, mujeres con grandes alas de murciélago extendidas entre sus dedos largos y velludos; hombres con rostro de lagarto y piernas y cuerpo de sapo; otros con cabeza de buitre y con garras en vez de manos, que saltaban como demonios; algunos que no eran ni hombres ni mujeres y

parecían monstruos marinos con ondulantes tentáculos y ojos fríos y perversos como los de los hombres. Me sentía fascinado por esas imágenes espantosas cuyo recuerdo me persigue todavía. ¿Cómo puede su imaginación ocuparse de semejantes monstruos? ¿Por qué evoca esas repelentes figuras de pesadilla? ¿Responderá eso a una necesidad interior que le hace sentirse atraído por lo que justamente no existe en la naturaleza? No sé. ¿Cómo un ser bien equilibrado puede concebir cosas tan horribles y complacerse en ellas? Pág. 30

Piccolino tiene su propio concepto de arte. Para él no es arte la música que interpretan los campesinos durante la guerra contra Ludovico. Estos realizan una ceremonia que incluye un concierto de flautas elaboradas por los mismos aldeanos, con las cuales emitían sonidos que “se repetían sin cesar” El baile era pesado, torpe y lento.

Piccolino escribe:

“No comprendo cómo el príncipe pudo sentir deseos de escuchar una música completamente ajena al arte”

Cada vez que entraba al refectorio Santa Croce, Piccolino en medio del odio que profesaba a maese Bernardo miraba con curiosidad la obra inconclusa de la cena y especialmente los espantosos animales que el artista dibujaba.

Maese Bernardo por su parte, buscaba en cada detalle de la naturaleza y del cuerpo humano los ingredientes del realismo para sus creaciones, incluso buscaba el espíritu, el sentimiento de su modelo para plasmar la psiquis en la obra. Así lo hace con Angélica:

“Mientras estaba allí sentada delante de él, con los ojos bajos y la boca estúpidamente abierta, la contemplaba como si fuera algo notable: para él todo es notable. ¿Tal vez la juzga un prodigio de la naturaleza, como yo, o como a una de esas piedras que le parecen tan preciosas que las recoge

para admirarlas mejor? Permaneció silencioso y parecía verdaderamente emocionado". Pag 31

Maese Bernardo, que todo lo escudriña con una curiosidad apasionada, me resulta execrable. ¿Para qué sirve eso? ¿Qué propósito razonable puede haber en ello? La idea de que este hombre guarda en su memoria una imagen mía me es intolerable, es como si le hubiera pertenecido; es como si ya no fuera el único dueño de mí mismo, como si algo mío hubiera quedado en Santa Croce, en medio de sus monstruos repugnantes. Pág 33

Piccolino expresa en su diario la importancia del copiar lo más perfectamente posible las personas y la naturaleza a la pintura:

"El viejo maestro explicaba que trataba de reproducir la personalidad íntima de la princesa y todo cuanto pudo ver en ella sólo cuando estuvo muerta. No sé si consiguió su propósito porque nunca pude ver el resultado; sólo he oído hablar de ello como de una obra maestra, pero así se califica a todo cuanto él hace. Trabajó en ese cuadro bastante tiempo, pero lo ha terminado verdaderamente mientras que su Cena con el Cristo repartiendo el pan entre los que están sentados alrededor de la mesa permanecerá siempre inconcluso. Tal vez sea más fácil hacer una especie de retrato. Ha sido colgado en la catedral; cerca de un altar, a la izquierda de la nave, y Anselmo experimentó una admiración infantil al verlo. Me lo describió con su manera ingenua y me dijo que todo el mundo encuentra que nunca se ha pintado antes una Madonna semejante, una madre de Cristo tan tierna y divina. La misteriosa sonrisa, un tanto enigmática, que descansa sobre sus labios, seduce particularmente a las gentes y les parece algo celestial, inexplicable y pleno de misticismo sobrehumano. Yo comprendí que el pintor había conservado la sonrisa del primer retrato, en el que parecía una mujer de malas costumbres." Pág. 155

En boca del enano Piccolino, Lagerkvist describe la sonrisa de La Gioconda de Leonardo da Vinci, quien, como maese Bernardo, fue estudiado en matemáticas, geometría, arquitectura, ingeniería, perspectiva y todas las ciencias de la observación del medio natural. (wikipedia, 2014) La seducción enigmática de esos labios ha fascinado a la humanidad a través de los siglos, aunque para el enano era la sonrisa de una mujer de malas costumbres. La modelo de Mona Lisa fue Lisa Gherardini, esposa de Francesco Bartolomeo Giocondo. Mona en italiano antiguo significa señora. (wikipedia, 2014)

El enano admiraba el arte, aunque no lo manifiesta abiertamente, pero critica como conocedor:

“No es fácil formarse una idea de esta obra de arte a través de las descripciones de un hombre tan cándido como Anselmo, pero comprendí que el maestro había conseguido crear algo capaz de ejercer una gran atracción sobre las almas devotas. A pesar de que apenas si cree él mismo en la madre de Dios, ha sido capaz de impregnar su rostro con un sincero sentimiento religioso y de inspirar al espectador una piadosa emoción. Han venido verdaderas multitudes a ver la nueva Madonna celestial y no han tardado en arrodillarse ante ella con un cirio en la mano. Hay más genuflexiones allí que ante cualquier otro altar, y tantos candelabros encendidos delante del retrato de la difunta princesa que sus luces son las primeras que se advierten”- Pág. 155

Lagerkvist insiste en Leonardo y la sonrisa de su obra, por boca del enano:

¡Quién hubiera podido creer que esta mujer sería exhibida en la catedral como una dulce madonna consoladora, objeto de veneración popular, y que reinaría pura y supraterránea a la luz de los cirios ofrecidos a su bondad! Su otro retrato, en el que tiene el aire de una descocada, está en el palacio, porque el príncipe le ha hecho poner marcos y colgar en la pared, a pesar

de que maese Bernardo no estaba contento con él. Fuera de su desemejanza, las dos imágenes son quizá verdaderas, cada una a su manera, y las dos tienen esa misma sonrisa lejana que los fieles de la catedral encuentran tan celestial. Pág. 156

“Ha dejado de trabajar en el retrato de la princesa. Dice que no puede terminarlo, que hay en ella algo que no alcanza a comprender. Esta obra quedará también inacabada. Como la Cena, como todo lo que emprende.

Un día tuve la suerte de ver el cuadro en el salón de la princesa y no le encuentro ningún defecto. Me parece notable. La ha pintado tal como es: una cortesana de edad madura. Es de un parecido diabólico. Ha puesto todo: la cara sensual, los pesados párpados, la sonrisa lasciva y un tanto indecisa. En esa tela está terriblemente desenmascarada el alma entera de la princesa. Pág 36

Las similitudes con Leonardo Da Vinci en maese Bernardo, continúan:

“Cuando me llamaron para atenderlos y servirles el vino, como de costumbre, ambos estaban inclinados sobre unos dibujos rarísimos cuyo significado al principio no pude descubrir. Después tuve ocasión de verlos mejor, así como de escuchar la explicación de los mismos en el curso de la velada. Representaban unas terribles máquinas de guerra destinadas a sembrar el terror y la muerte en las filas enemigas; carros de combate armados de cuchillas que llenarían la tierra de miembros humanos, y otros inventos diabólicos, también colocados sobre ruedas, que penetrarían en los cuadros enemigos, arrastrados por caballos lanzados a la carrera, y que ni el mayor coraje podría detener; vehículos blindados que utilizarían los tiradores, perfectamente protegidos, y que, según las explicaciones de su inventor, podrían quebrar el frente más sólido y abrir una brecha para que la infantería cumpliera luego su misión. Había allí unos aparatos mortíferos tan

espantosos que no comprendo cómo fue posible siquiera imaginarlos, y cuyo sistema de funcionamiento no captaba muy bien dado que nunca pude consagrarme al arte de la guerra. También figuraban morteros, bombardas y culebrinas que arrojaban fuego, piedras y bolas de hierro para arrancar las cabezas y los brazos de los soldados... Las otras -expresó- pertenecen al porvenir." Pág 42

Sobre el modelo de belleza femenina, que inspira el arte, son escasos los comentarios de Piccolino. Sobre Teodora dice que alguna vez fue bella

Aquello era indescriptiblemente nauseabundo. Tras una fingida resistencia, las mujeres se quitaron sus ropas dejando al descubierto sus senos desnudos, y la más bella tenía un lunar sobre uno de ellos, no muy grande, pero lo suficiente para que fuera completamente imposible que pasara inadvertido. El olor de su cuerpo, cuando me acerqué para servirla, me revolvió el estómago. Olía como la princesa cuando aún está en su lecho por la mañana, pero a ella nunca me he aproximado tanto Pág. 63

Era rubia, de tez clara, con grandes ojos azules y con las axilas llenas de vellos. Me asqueaba. Nunca he podido comprender por qué los seres humanos tienen ahí esos pelos cuya vista me causa un intenso malestar, sobre todo si están empapados de sudor. A nosotros los enanos, que no los tenemos, esos pelos nos resultan sucios e indecentes. Si yo tuviera pelos allí o en cualquiera otra parte de mi cuerpo que no fuera mi cabeza, que es la destinada a tenerlos, sentiría una indecible vergüenza.

Una vez me ofrecieron una enana, una linda mujer de pequeños ojos sagaces como los míos, cara arrugada y cuerpo como de viejo pergamino, o sea que era tal como debe ser un ser humano. Pero no despertó en mí ningún sentimiento, aunque podía ver que no había nada desagradable en su belleza, muy distinta a la de las otras." Pág 65

Sobre la danza hay algunos comentarios, además de la que paredes onza a Piccolino, la que bailan los aldeanos durante la guerra. En el banquete se

presenta una *“danza morisca, a la que sucedieron unos juglares que despertaron gran admiración y...se representó una vergonzosa pantomima con hombres y mujeres en trajes tan ceñidos que parecían desnudos”* Pág. 87